

Vayamos de nuevo a aquel infierno de Judea, donde alrededor de un culto que en nada era superior a las demás religiones del mundo, pero que daba a sus explotadores muchísimo dinero, se agitaban las pasiones más viles, la codicia, la crueldad, las malas costumbres. El espíritu de Israel no estaba allí: el cristianismo no saldría de Jerusalén. Herodes tenía entonces 37 años, y poseía realmente el poder, pero estaba rodeado de numerosos enemigos. Pasarán doce años antes de que piense en cuanto constituye el goce y la gloria de un soberano.

Herodes era un árabe inteligente, hábil, animoso, robusto, inagotable, muy aficionado a las mujeres. Capaz de todo, incluso de bajezas, cuando se trataba de alcanzar el objeto de su ambición, tenía verdadero sentimiento de lo grande, pero estaba en disonancia completa con el país que había de gobernar. Soñaba con un porvenir profano, y el de Israel era puramente religioso. Parece que nunca le impulsó ningún móvil superior. Duro, cruel, apasionado, inflexible, como hay que ser para triunfar en un ambiente malo, no miraba más que a su interés personal. Veía el mundo como es, y su naturaleza grosera lo amaba así. Para él no tenían sentido la religión, la filosofía, el patriotismo ni la virtud. No quería a los judíos; quizás amase algo a Idumea o, mejor dicho, a Ascalón. Era, resumiendo, un animal hermoso, un león en quien no se admira más que su grave gallardía y abundante melena, sin pedirle sentido moral. Al fin y al cabo no valían más que él Juan Hircano ni Alejandro Janneo. Ajeno a toda idea religiosa, logró un momento imponer silencio al fanatismo, pero su obra había de ser efímera. El genio religioso de Israel no tardó en aniquilar las huellas de cuanto había creado. No quedaron en él más que ruinas grandiosas y una horrible leyenda. El pueblo en sus leyendas nunca se equivocaba del todo. Herodes no intentó matar a Jesús, pues éste nació cuatro años después de morir él, pero trabajó a la inversa del cristianismo. No evitó nada, no hizo nada y a su muerte entró en la nada. No había hecho más que su voluntad y no la de Dios.

Su voluntad era muy sencilla: quería dominar por las ganancias que en ello se encuentran. Igual le hubiera sido gobernar a los judíos que a otro pueblo, pero como los judíos estaban a su alcance, fue rey de ellos. Judea no podía tener un soberano nacional. Su padre Antipater le había facilitado mucho el camino para realizar su programa, que era sustituir a los asmóneos debilitados, con ayuda de la gran fuerza romana. Herodes acabó lo que quedaba por hacer. Para colmo de suerte, Augusto, en su tiempo, hizo reinar la gran paz romana. Apoyado en aquella roca inquebrantable de la amistad de un dios, fue dios también. El admitido en aquel Olimpo se convertía en asociado de Júpiter: *ille deum vitam accipiet*.

Con una malevolencia general de todos los jerosolimitanos se acogió al *semijudío* que les había dado como rey el nombramiento del Senado y la hazaña de Sosio. Los primeros actos de Herodes al entrar en Jerusalén fueron terribles. Mandó ejecutar a 45 de los partidarios más notables de Antigono y confiscó sus bienes. Incluso se sacudió a los muertos para que cayeran el oro y la plata que podían haberse ocultado en su sudario.

Aquellos recursos le fueron útiles para conservar el favor de Antonio, que costaba muy caro.

Herodes no era un judío auténtico; creemos que hasta odiaba el judaísmo; era un hebreo como Antíoco Epifanio, pero más cuerdo, y nunca pensó en suprimir el judaísmo. Habría deseado uno liberal y tolerante. Hacía a sus correligionarios aparentes todas las concesiones posibles, y una de las más importantes fue abstenerse de poner su retrato en las monedas, imitando a los asmóneos. Exigió siempre que al casarse sus hijas, se circuncidaran sus yernos. Respetó mucho a los fariseos ilustres Sameas y Polión, y los dispensó del juramento de fidelidad, pero se reservaba personalmente licencias que los fariseos debieron de juzgar excesivas. Fuera de Palestina no observaba la ley y construía templos paganos. Las fiestas, hasta en Jerusalén, eran violaciones de los preceptos más sagrados. Su séquito helénico, su vida totalmente griega, eran inconsecuencias flagrantes en un soberano de los judíos.

Le causaban risa los sumos sacerdotes, que fueron en su mano un juguete. Sucedió a Hananel un desconocido, Jesu, hijo de Pabi, y a éste un tal Simón, cuya hija pasaba por la mujer más hermosa de Jerusalén. Herodes se enamoró de ella, quiso ser su marido, y para elevar la familia a su altura, nombró sumo sacerdote al padre. El jefe de aquella familia, llamado Boeto, de Alejandría, era un judío helenista rico, mundano, muy parecido al mismo Herodes. A este Boeto y los suyos se les consideraba descreídos y epicúreos. Tres miembros lo menos de aquella familia ocuparon el pontificado soberano en la segunda mitad del reinado de Herodes y en el de Arquelao. Fueron el centro de un grupo que se confundió a veces con los saduceos, y al que llamaron *Boetusino*, sinónimo de impíos, materialistas e incrédulos.

En alguna ocasión Herodes encontró fariseos muy tratables. Aquellos rigoristas hicieron al semijudío menos guerra que a Hircano y a Janneo. Durante su largo reinado, apenas se ocuparon de él, absortos en el estudio de la ley y poco cuidadosos del poder temporal. Polión y Sameas, los dos fariseos más conocidos, habían aconsejado, durante el sitio, que se le abrieran las puertas. El partido fariseo aceptó hasta cierto punto dos mundos, separados por un tabique: el mundo judío legal y el de la corte, para el que no existía la Ley, sobre todo cuando se podía invocar la razón de Estado. Herodes, en lo relacionado con la política, no era judío; sus costumbres fueron las de un griego y un romano.

Más se preocupaba Herodes de los restos de la raza asmónea. Los descendientes de dinastías vencidas son muy religiosos cuando la dinastía ha caído. Esta preocupación era mucho más grave por cuanto penetraba en su propia familia. Se había casado con Mariana, nieta de Aristóbulo II por su padre, y de Hircano II por su madre. Esta última asmónea es el único carácter que hace descansar al historiador de tantos errores. Era una princesa hermosísima, de costumbres intachables, de aspecto imponente, digna y altiva, altanera y animosa, respetuosa de su nombre y nacimiento, pero que se creó enemigos, sobre todo en la familia de su marido, por su carácter entero y absoluto. Herodes la adoraba, pero no era feliz con ella, porque nada hacía ella para granjearse sus simpatías. La madre de Mariana, hija de Hircano II, era mala, intrigante y cobarde.

No dejaba de hacer a su yerno la mayor oposición. Todo este mundo femenino estaba peor con Cipros y Salomé, madre y hermana de Herodes. Los escándalos eran constantes y se podían adivinar próximas tragedias.

Hircano II, prisionero de los partos, ansiaba volver a Jerusalén. Herodes lo deseaba también, para tenerlo más seguro. Hircano regresó, y al principio estuvo con el nuevo rey en muy buenos términos. Como por su mutilación no podía recobrar el pontificado, mandó Herodes venir a Babilonia a Hananel, sacerdote desconocido e insignificante, a quien confirió la dignidad de gran sacerdote. Alejandra se indignó, pues consideraba que aquel cargo correspondía de derecho a su hijo Aristóbulo, hermano de Mariana, joven de diecisiete años, de notable belleza. La fuerza de Alejandra consistía en su amistad íntima con Cleopatra, reina de Egipto, omnipotente sobre Marco Antonio. Herodes tuvo que ceder, deponiendo a Hananel y nombrando en su lugar a Aristóbulo. El joven pontífice obtuvo un gran éxito en la fiesta de los Tabernáculos del año 35. A los pocos meses, pagaba caros aquellos honores precoces. En una fiesta en Jericó, Herodes le invitó a bañarse en una piscina, donde nadaban ya varios jóvenes que estaban avisados. Éstos, como siguiendo una broma, sumergieron al sacerdote bajo el agua. La piscina estaba oscura y le tuvieron el tiempo suficiente para que se ahogara. Hananel fue nombrado otra vez para el cargo.

Es comprensible la ira de Alejandra, que recurrió de nuevo a Cleopatra. Antonio mandó llamar a Herodes y éste, gracias al dinero que dio, salió absuelto, a pesar de los manejos de Cleopatra. El odio de las dos mujeres llegó al colmo.

Lo peor para Herodes era el odio de Cleopatra, que no le quería, y además codiciaba a Judea. Antonio le dio el año 34 la costa de Palestina y Jericó. Herodes se resignó a arrendar por 100 talentos anuales las tierras que acababan de formar parte de su dominio. Cleopatra trató de que se enamorara de ella, sin duda para perderlo, pero Herodes fue muy prudente. Un instante dudó si le convendría deshacerse de ella cuando estuvo en Judea, pero acabó por colmarla de presentes y acompañarla con toda clase de honores hasta la frontera, de Egipto.

Las luchas civiles entre Antonio y Octavio fueron para Herodes buena ocasión de demostrar su habilidad política. Quería unirse a Antonio con su ejército, pero Cleopatra le mandó ir a pelear contra el rey nabateo, que no pagaba regularmente el tributo, lo cual fue para Herodes una gran suerte. La batalla de Accio se dio sin su presencia. Con la derrota de Antonio, perdía un protector poderoso, pero al mismo tiempo se libraba de su mortal enemiga Cleopatra. Sin aguardar la muerte de ambos, que sucedió un año después, Herodes se decidió a ir en busca de Octavio. Para mayor seguridad, antes de marcharse mandó matar al viejo Hircano, de más de ochenta años, por si podía aún sublevar los restos del antiguo partido asmóneo. Cada vez que se ausentaba de Jerusalén, sentía grandes temores, y para tranquilizarse quitaba la vida a los que le parecían en aquel momento más peligrosos.

En la primavera del año 30, vio a Augusto en Rodas. Se le presentó suplicante y despojado de las vestiduras regias. Había sido un buen

amigo de Antonio y lo sería igual para Octavio. En esto era sincero, pues estaba decidido a ser partidario del romano más poderoso. Octavio le creyó y le confirmó todos sus títulos. Durante el verano del año 30, recibió a Octavio en Acre, y ayudó luego eficazmente al ejército romano en la marcha a lo largo de la costa de Palestina.

En agosto del mismo año, habiendo fallecido ya Antonio y Cleopatra, Herodes vio otra vez a Octavio, y se ganó totalmente su protección. Augusto le devolvió Jericó y cuanto Antonio había suprimido de sus dominios, añadiendo algunas ciudades. Herodes acompañó al vencedor hasta Antioquía. El año que al parecer traería su pérdida, le fue provechoso. Había cambiado un protector antojadizo, destinado a acabar mal (por dominarle la mujer más peligrosa del mundo), por otro más seguro destinado a durar largos años.

El año 29 fue terrible. A pesar de todo lo ocurrido, Herodes amaba más perdidamente que nunca a la seductora y altiva Mariana. Ésta, sin rechazar del todo a aquel león hermoso y terrible, le quería mucho menos. Por bajo cuerda la atroz Salomé decía siempre a Herodes que había que matarla. En sus ausencias encargaba a un hombre que la vigilase y la matase si aquél no regresaba. Había temido, al parecer, que Antonio se apoderase de Mariana si quedaba viuda, aunque debía haberle tranquilizado el carácter altivo y digno de Mariana. La verdad es que en política la conducta de Alejandra y Mariana era para excitar sospechas. Aquellas dos mujeres parecían correr a su pérdida. En una especie de consejo privado, Herodes hizo condenar a muerte a Mariana, la mujer que adoraba. Alejandra se portó en aquellas circunstancias del modo más repugnante. Para librarse de una suerte parecida, fingió no compartir las ideas de su hija. Cuando la llevaban al suplicio, se arrojó enfurecida sobre aquella desdichada, le pegó en la cara, le tiró del pelo y la llamó mala hija, ingrata. La multitud gritaba apenada. Mariana no dijo una palabra ni cambió de color. Murió sin querer mirar a su madre.

Sin lugar a dudas, Herodes había obedecido a su dureza loca. Finalizado el suplicio se despertó su pasión. En su delirio amoroso creía ver presente a la mujer que adoraba y a quien había matado. Le hablaba, la llamaba, mandaba que se la trajesen. Para aturdirse, se entregó al libertinaje, del que estuvo a punto de morir en Samaria. Se extendió por Jerusalén el rumor de su muerte. Alejandra quiso aprovecharse de ello encargándose del poder, tratando de sobornar a los comandantes de las dos fortalezas de Jerusalén. Por fin Herodes la mandó matar el año 28. Recobró entonces la salud, pero conservó una extraña irritación física y moral. Con el menor pretexto enviaba al suplicio a sus servidores, sus mejores amigos. Todos los déspotas orientales siguen la misma pendiente fatal.

El Herodes ambicioso persistió en él. Mientras quedara un resto de asmóneos, Herodes no podía estar tranquilo. Una familia emparentada por lo visto con los asmóneos había manifestado gran celo legitimista en el tiempo de Antigono: se la llamaba «los hijos de Baba». Al apretar el peligro les había salvado Costobares, rico idumeo. Herodes no había podido descubrir su albergue. Costobares estaba casado con Salomé, hermana de Herodes, y ésta, cansada de su marido, reveló todos sus secretos al

rey, que mandó matar inmediatamente a Costobares y a los hijos de Baba. Ya no quedaba ni un descendiente de Hircano que pudiera darle recelos, o (como dice un historiador judío) oponerse a las violaciones de la ley.

Para los judíos, aquel momento de la vida de Herodes señaló un progreso en su perversión, en el sentido de que hasta entonces había conservado algunas apariencias de judaísmo y a partir de aquí su vida fue una injuria a la religión y a las leyes del país. Apreciación judía es esa, pues toda la vida de Herodes fue una injuria a las leyes morales. Cuando no tuvo nada que temer para su trono, fue cuando recolectó los frutos del crimen que son, en el orden público muy distinto del moral, un poder fuerte, la prosperidad y el arte. Los veinte años siguientes son de un carácter no visto desde el tiempo de Salomón. Teniendo menos en cuenta los prejuicios judíos, Herodes entró, fuera de la ley en efecto, en lo que es el coronamiento de un poder establecido, en grandes obras de arte y de utilidad pública, obras profanas que no podían hacerse sin faltar a la Ley. Realmente estaban fundamentadas en arena, porque la vocación del pueblo no era de esta naturaleza, y le llamaba a otras cosas.

Al igual que Octavio, había salido Herodes del período de las crueldades y pasaba a la era de las obras brillantes, que lo hacen perdonar todo. Para ser algo hay que destruir a los enemigos, sino le destruyen a uno. Los asesinatos odiosos de Aristóbulo y Mariana, eran la condición de lo que va a seguir. Querer a Herodes sin sus crímenes, es querer al cristianismo sin sus sueños, a la revolución sin sus excesos. Si Herodes no hubiera suprimido a Alejandra, ésta le hubiera suprimido a él. Mediante el exterminio de los últimos asmóneos y la amistad de Augusto, fue verdaderamente rey y pasó a ejecutar esas obras que gravitan pesadamente sobre los pueblos, pero acreditan a los que se llaman grandes soberanos.